

para los católicos. La segunda, Janina, que dicen es muy buena y tiene muy buenos instintos, asistió á la enfermedad y muerte de su amigo, el pintor Protais, que murió cristianamente, edificando á todos por su fé y su humildad.

Fué tal la impresion que en ella produjo la sinceridad de esa fé y el fervor con que aquella alma dejaba este mundo, tan tierno todo lo que dijo, su esperanza en la misericordia de Dios y resignado á su voluntad, que la jóven Janina sintió y comprendió que esa religion es la única, la verdadera, y quizá pasó en su alma algo de nuevo y de consolador, que la inspiró su conversion que llevó á cabo en seguida, preparándose fervorosamente para el bautismo, confirmación y confesión. El bautismo se verificó en la parroquia de la Trinidad, siendo su madrina la Princesa Matilde Napoleon, que siempre la ha querido mucho.

Su padre no ha intervenido en nada, y cuando ella le envió una imágen, él la dió un libro de oraciones que no conocía más que por el forro: es el caso de decirlo. Dumas tan aficionado á tesis peligrosas, antisociales, podría encontrar una en lo que acaba de hacer su hija y escribir, con su gran inteligencia literaria, por la primera vez de su vida, un libro ó una comedia que sea el triunfo de la religion y de la moral. Aun cuando no le asistiese la conviccion, aun cuando el bello ejemplo de su hija no le moviese el corazon, el amor de padre y la sinceridad de su hija podrían inspirarle una obra útil y entreterida, y así rescataría en parte el mal que hace á la sociedad con sus tesis, por más que los dore con su excelente forma literaria.

Las conversiones al catolicismo se multiplican por todas partes. En Paris asistimos frecuentemente á la de las judías, especialmente; y aunque muchas de ellas lo hacen al casarse con católicos, y por esto hay quienes duden de que la conversión sea sincera, hay muchas que lo hacen espontáneamente sin

el menor asomo de interes. Una señora muy conocida y muy rica se ha convertido y ha convertido á sus dos hijas y se ocupa mucho de beneficencia y de las Hermanas de la Caridad. Otra jóven casada, muy á la moda, se ha convertido tambien sin que nadie se lo aconsejara, y no será la última.

Conozco á una señora, muy entendida y respetada, con la que tengo largas conversaciones á menudo; y á pesar de que es poco expansiva por timidez, ya no la tiene conmigo. Sus tres hijas se convirtieron al catolicismo cuando se casaron. De ella he dicho siempre que es digna de ser cristiana. No hace muchos días me decia: "Preciso es convenir en que nuestra religion nada nos ofrece como consuelo y fortaleza; todo lo que se hace en ella es para los hombres, nada para nosotras.

—Ya que vd. me hace una confesion tan delicada, le diré que conozco á una señora que era como vd., isrealita; jóven y rica se vió agobiada de pesadumbres, y no encontrando consuelo alguno en su religion, se echó en brazos del catolicismo. Y como la preguntara yo un día si estaba satisfecha de haberlo hecho, me respondió con vehemencia y calor: "¿en donde habría yo encontrado el consuelo que necesitaban mis penas y la fuerza para resistirlas, sino hubiese sido en el catolicismo?" Y la señora á que aludo ántes, me respondió tristemente: "lo comprendo." Porque también ella, á pesar de su posicion y riquezas, ha pasado por amarguras que no se borrarán de su corazon; y tengo para mí que, sin su marido, ya se habría hecho católica, si no lo es ya *in petto*.

El Sacerdote Católico.

El sacerdote católico no es un sacerdote como los demás.

Los sacerdotes no católicos, presidiendo un culto que se acomoda á las huma-

nas debilidades, obtienen señaladas muestras de respeto y no reciben ultraje alguno; miéntras que los sacerdotes católicos son el blanco de una persecucion constante como Aquel de quien se proclaman enviados.

Aquellos se encierran en el estrecho círculo de un culto local: éstos ejercen, sea cual fuere el punto del globo en que se encuentren, su ministerio universal.

Aquéllos viven de la vida común á la sociedad laica: éstos por el voto de celibato se elevan por encima de las condiciones ordinarias de la existencia terrestre.

Aquellos son instituidos por los poderes humanos: éstos reciben sólo del sacerdote—*del obispo, que es el sacerdote perfecto*—una consagración irrevocable que de eslabón en eslabón desciende directamente y sin interrupcion de Jesucristo.

Aquellos no ejercen acción alguna directa y continua sobre la conciencia de sus correligionarios: el sacerdote pagano no predica nunca; el ministro de la herejía predica, pero advirtiendo á su auditorio que no está seguro de decir verdad, y que cada cual en materia de fé puede creerse más ilustrado que él: el sacerdote católico hace para las conciencias aplicación de reglas fijas y las gobierna de una manera positiva.

Aquellos viven aislados ó en pequeños grupos: el católico forma parte de un cuerpo sacerdotal, único que, renovándose insensiblemente como un ejército, subsiste hace ya diez y ocho siglos, se recluta en todas partes y cubre la faz de la tierra.

Aquellos se presentan como investidos por la sociedad religiosa de la direccion del culto que á la divinidad ella misma señala: el católico es el encargado por la divinidad de instruir, gobernar y ayudar á la sociedad religiosa conforme á las reglas eternas y á los libres decretos de la Providencia.

Así, pues, del flamíneo pagano, del mufi musulman, del ministro protestante, del pope cismático y aun del rabí ju-

dío (1) al sacerdote católico hay una gran diferencia.

La vida del sacerdote católico en su forma exterior es de todos conocida.

Ha pasado su infancia en los bancos de las clases, de donde ha ido al seminario para salir de él ya sacerdote, después de doce ó quince años de estudio, revestido de un traje de luto que solamente en lo interior del templo se cubre con un adorno blanco: lleva una vida retirada, reza mucho, celebra las santas festividades, enseña á los pueblos lo que á él mismo le fué enseñado, los niños le rodean, los cristianos acuden al lugar en que él aguarda á sus hermanos para escuchar la confesion de sus faltas y dispensarles las divinas misericordias; acude junto al lecho de sufrimientos del enfermo, la religion se personifica en él y de él se ampara todo el que busca una comunicacion con Dios más poderosa ó más solemne que la oración individual y aislada.

El es EL HOMBRE DE DIOS *entre los demás hombres.*

Esta es la esencia de su sacerdocio; más á menudo veréis encontrar en su corazon la inspiracion de prestar servicios suplementarios á sus semejantes: la ciencia, la higiene, la agricultura, la industria, los intereses locales ó generales, no le son del todo extraños. Todos los historiadores, sin exceptuar los más notoriamente hostiles al sacerdocio, han reconocido los inmensos servicios prestados por el clero católico á la sociedad civil diez y ocho siglos há; y si pudiésemos continuar el cuadro de lo que hacen hoy día sus representantes en el mundo, se vería como en manera alguna han abandonado su puesto de ántes. El que quiera de ello convencerse puede leer al azar uno ó dos números

(1) Los judíos, antes de Jesucristo, tuvieron un sacerdocio divinamente instituido; más este sacerdocio provisional no tenía sino un destino temporal, á la sazón desempeñado. Las ceremonias figurativas para llenar la esperanza de la venida del Mesías no tienen razón de ser desde que el Mesías ha venido ya.

de los *Annales de la propagation de la Foi*. Ante estos misioneros albañiles, agricultores, herreros, médicos, que á las fatigas del apostolado juntan el trabajo manual bajo climas mortíferos, comprenderá el lector que, si exhortamos á la *mortificación personal*, colocamos delante de todo la *caridad compasiva para el prójimo*.

A menudo también, atormentado como sus hermanos y más que sus hermanos por respetidas tentaciones, el sacerdote católico paga tributo á la debilidad humana y deja traslucir en sus acciones la vivacidad, el amor propio y la flojedad del hombre. Si hay razón durante estos eclipses de energía sacerdotal para disminuir la confianza de los hombres en el sacerdote, lo examinaremos á su tiempo.

Lo que importa demostrar primeramente, lector, es la afirmación que haga el sacerdote de sus prerrogativas sobrehumanas.

Asombróse el mundo cuando de los lábios de un oscuro obrero judío salió esta frase que nadie ha pronunciado ni antes ni después: *Yo soy Dios* (1.) Esta frase, en el momento que se pronunció, debió de parecer insensata. Los acontecimientos han demostrado que la afirmación no emanó de un loco, sino que emanó de Dios. El mundo ha adorado al obrero que, habiéndose declarado Dios, murió sobre un patíbulo.

La afirmación del sacerdote católico es casi tan asombrosa como la del carpintero de Nazareth.

Este hombre, jóven aún y medianamente sábio, dice á todos sus semejantes, así al filósofo como al pastor, y lo dice en este mundo en que tantos sistemas inmortales se gan desplomado.

“Escuchadme: Eco de la doctrina sacerdotal de los remotos tiempos, mi enseñanza, que toca las más graves cues-

(1) Muchos hombres han dicho: *Yo soy un Dios*, es decir, un génio, un ser superior al hombre, una de esas divinidades innumerables que el paganismo hacía emanar del primer principio: sólo Dios verdadero, sólo Jesucristo se proclamó, no un Dios, sino Dios.

tiones y las resuelve por afirmaciones inasequibles á la razón, es infaliblemente cierta. De todas las afirmaciones dogmáticas que asiento en nombre del cuerpo sacerdotal católico, ninguna se olvidará ni se modificará, ni será vencida: ésta es la Verdad eterna! Todo cambia, mas los artículos de la fe que yo proclamo no pasarán jamás.

“Cualquiera que, habiendo podido conocer y probar mis enseñanzas, no lo haya hecho por prevenciones culpables ó torpe cobardía, no verá jamás á Dios.

“Yo abro y cierro la puerta del cielo: para recibir el perdón de Dios basta confesar sincera y completamente todas las faltas, y escuchar de mis labios la sentencia preservativa del mal.

“Las prácticas religiosas que impongo, las leyes morales que proclamo, no pueden ser objeto de desobediencia ó de menosprecio sin exponerse el infractor á una perdición eterna. Desobedecerme es desobedecer á Dios; menospreciarme es también menospreciarle.

“Yo soy el depositario y el distribuidor de los dones divinos. Aquél á quien bendigo es bendecido, y aquél á quien maldigo será maldito. Mi potencia invisible no tiene muros que la detengan y va á fortificar al justo y á castigar á los malos, de un extremo á otro del mundo, y puedo colmar de bienes ó reducir á la indigencia un alma á quien no conozco.

“Mi palabra, que como tal no obra milagro alguno visible en el mundo en que vivo, hace descender, cuando le place, al Rey de los mundos sobre el altar, y le conserva bajo la apariencia de un pan que se ha transformado en cuerpo y sangre del Hombre-Dios, sin que hayan cambiado las apariencias.

✠ DEFUNCIONES.

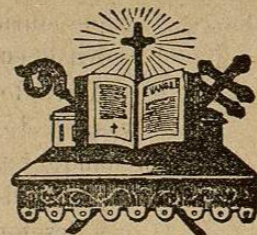
El Sr. Pbro. D. Bernardino Topete falleció el día 10 del corriente en Usmajac, de la parroquia de Sayula.

En esta ciudad, el 18 del mismo Julio, falleció el Sr. Pbro. D. Benito Murguía, capellán de Coro de esta Sta. Iglesia Catedral.

R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, AGOSTO 8 DE 1890.

NUM. 39.

SECCION I.

ROMA.

Nuevos Cardenales.

Un despacho de Roma anuncia que el Papa goza de buena salud, y que en el consistorio que tuvo lugar el 23 de Junio preconizó al nuevo patriarca maronita de Antioquía, creó cuatro Cardenales y preconizó á varios arzobispos y obispos.

Este consistorio fué rodeado de un aparato extraordinario, y contra la costumbre, fué público en su primera parte. Numerosos prelados y sacerdotes orientales fueron admitidos, así como los discípulos de los colegios maronitas, armenios, y griegos.

El nuevo patriarca maronita, es Monseñor Hagg, electo por los arzobispos y obispos de su rito, Leon XIII le acordó el *pallium* y pronunció un discurso sobre la fidelidad de los maronitas á la Iglesia católica.

Después de esta ceremonia, el consistorio fué secreto, y el Papa nombró Cardenales á Mon Vannutelli, nuncio en Lisboa; Mon. Galeati, Arzobispo de Rávena y de Ginebra; Mons. Dunajewski, Obispo de Cracovia. En seguida preconizó á los Arzobispos de Otranto y de Acerenza, ocho obispos, dos obispos auxiliares, dos obispos coadjutores, todos prelados italianos, y dos obispos titulares.

Después del consistorio, el Papa recibió en la sala del trono á los nuevos obispos y les impuso sus insignias.

Dos de los cuatro cardenales nombrados, que estaban en Roma, asistieron al consistorio; el Arzobispo de Rávena y Monseñor Mermillod.

El Santo Padre les cerró la boca, según el rito usado en caso semejante, y les dió los títulos presbiteriales de San Lorenzo *in panis perna* al primero, y de San Nereo y Aquileo al segundo.

Los guardias nobles designados para llevar el birrete á los nuevos Cardenales ausentes, partieron después del consistorio, y son el Conde Alvarez de Castro á Monseñor Vannutelli, y el Marqués Antici Mattei para Monseñor Dunajewski.

Dentro de algunos días Mon. Meczins-